

terrorismo

EL VIEJO DE LA MONTAÑA

EDUARDO DE GUZMAN

NO sólo el crimen aislado, sino el empleo sistemático y programado del terror como medio eficaz de alcanzar el poder, carece de toda novedad por revestir una antigüedad mucho mayor de la que generalmente se cree. No es, contra lo que muchos pudieran pensar, creación del nihilismo ruso, del anarquismo individualista de finales de siglo, de los grupos nacionalistas exaltados de Polonia, Servia o Irlanda, del sionismo judío o de los refugiados palestinos árabes, aunque todos ellos lo hayan utilizado en una época o momento determinado. Su origen se remonta varios siglos atrás y su verdadero creador se llama Hassan-ben-Sobath, gran maestro de los ismaelitas, fundador de la famosa "secta de los asesinos" y tiene como fundamental objetivo imponerse por el miedo a los emperadores de Bizancio, a los califas de Bagdad, a los sultanes de Egipto y a los caballeros cruzados de Siria y Palestina.

Colocado a la cabeza de los ismaelitas —una herejía musulmana, perseguida a sangre y fuego por los que se consideran ortodoxos—, Hassan-ben-Sobath concibe un nuevo y eficaz método de lucha para no parecer a manos de sus poderosos enemigos. Parte de la idea lógica de que nada ama tanto el individuo en general como la conservación de la propia existencia, sin la cual no es posible disfrutar de ninguno de los placeres que nos ofrece la vida. Cuanto más alto y poderoso sea un personaje, mayores posibilidades tendrá de satisfacer todos sus caprichos, más apego sentirá por su piel y más le horrorizará la perspectiva de una muerte prematura. Amenazándole seriamente, convenciéndole al propio tiempo de que su única salida está en ceder a las pretensiones de quienes le amenazan, se podrá conseguir de él lo que sea con tal de que le dejen continuar respirando. La dificultad estriba, naturalmente, en poder convencerle de que su vida corre inminente peligro y en matarle efectivamente en caso de no acceder a las exigencias de los ismaelitas.

Aunque disponiendo de seguidores exaltados y valerosos, Hassan-ben-Sobath no cuenta con ejércitos capaces de aplastar a sus adversarios. A lo más que puede aspirar es a defenderse en su nido de águilas de Alemut, en lo más alto y escarpado de una serranía, y desde allí emprender correrías audaces sobre los territorios vecinos, pero tenien-

do que recurrir a la huida tan pronto como se enfrenta con fuerzas superiores. Para imponerse a sus poderosos enemigos, el Viejo de la Montaña, como empiezan a llamarle musulmanes y cristianos, no dispone de otro recurso que el crimen, el atentado o la serie de atentados en que vayan pereciendo cuantos significan un peligro para la subsistencia ismaelita. Sin embargo, tanto reyes como sultanes, emperadores o califas, suelen estar perfectamente guardados en sus respectivos palacios y fortalezas, y quienes intentan amenazarlos corren el más grave de los riesgos. Peligros que únicamente podrán superar unos fanáticos enloquecidos que antes de entrar en acción hayan hecho renuncia a la propia existencia.

—Un hombre que sabe que va a morir, sobre todo cuando considera la propia muerte como una liberación, matará a quien se lo proponga, por muy bien guardado y protegido que esté.

Hassan-ben-Sobath está en lo cierto y los hechos no tardan en darle la razón. Pero si el fanatismo religioso basta para infundir a algu-

nos un desprecio absoluto y suicida por la vida propia, los que sinceramente lo sienten no son tan numerosos ni tan dócilmente dispuestos a cumplir las órdenes del Viejo de la Montaña sin preguntas ni objeciones de ninguna clase. Hay que aumentar su número y aniquilar paralelamente su voluntad, y Hassan lo consigue mezclando los fervores doctrinales con la influencia de las drogas. Sistemáticamente dopa a sus seguidores con el consumo de hashish en cantidades masivas. Masticado unas veces, bebido o fumado otras, el hashish hace vivir en un mundo de sueños a los individuos seleccionados, cuya voluntad queda totalmente supeditada a las órdenes del gran maestro ismaelita.

Cumplen los mandatos que reciben de sus labios sin la menor resistencia y con un desprecio absoluto por la vida que pueden perder —que pierden— en la empresa. Tras advertir seriamente al personaje de qué se trata en cada caso, Hassan manda contra él a sus partidas de asesinos. Es posible que fracasen el primero, el segundo o el tercero; pero inevitablemente el cuarto o el

quinto llegarán hasta el rey o el sultán para darles una mortal puñalada. Víctimas de ellos parecen, entre otros muchos, el Rey cruzado de Jerusalén, Conrado de Montferrato, y el famoso Sultán de Egipto, Yusuf-ben-Ayub, más conocido en Occidente como Saladino.

Las hazañas de sus secuaces rodearon de una siniestra celebridad al Viejo de la Montaña, que él procuraba aumentar por todos los medios su alcance. Según los historiadores árabes y cristianos, cuando recibía en su fortaleza de Alemut la visita de algún enviado de los reyes o sultanes a quienes había amenazado, solía invitarles a dar un paseo por las altas murallas. Parándose de pronto delante de cualquiera de los centinelas, le ordenaba secamente:

—¡Tírate!

Sin hacerse repetir la orden, el individuo se arrojaba desde lo alto de la muralla, quedando destrozado ante los ojos impresionados del enviado. Serenamente comentaba entonces Hassan:

—Si digo a uno de mis hombres que mate al sultán, no habrá fuerza



En lo que va de siglo, el terrorismo individual no ha hecho triunfar una sola revolución, y al contrario, ha servido de aparente justificación para la implantación de multitud de regímenes de fuerza. En la foto: uno de los heridos en un atentado árabe en las cercanías de Tel-Aviv.

humana que se lo pueda impedir.

El suicidio que acaban de presenciar bastaba para convencer a muchos de la seriedad de la amenaza. Buen número de poderosos cristianos y musulmanes cedieron a su chantaje terrorista y los ismaelitas pudieron extender su influencia e incrementar sus riquezas. (La palabra asesino, traída a Europa por los cruzados franceses, se deriva del término árabe axinino —o comedor de axex o hashish—, con el que eran conocidos los secuaces del Viejo de la Montaña.)

Del Viejo de la Montaña al Aga Khan

Resulta curioso, aunque no pase naturalmente de una simple coincidencia, que la región del mundo donde Hassan-ben-Sobath puso en práctica el terrorismo programado y sistemático como medio de conseguir sus objetivos, sea precisamente la misma en donde se han cometido en el último medio siglo mayor número de actos terroristas y de donde han salido los hombres que han extendido su práctica por todos los continentes. (Que no son tan sólo los palestinos árabes impulsados por la desesperación, sino también las organizaciones sionistas que con tanta eficacia utilizaron la más despiadada violencia—recuérdese la voladura del hotel Rey David— para forzar la marcha de los ingleses ocupantes de Palestina hasta 1948.)

En cuanto a los ismaelitas, bueno será consignar que si en vida de Hassan llegan a ser temidos y respetados por sus enemigos, un siglo después, cuando los mongoles mandados por Hulago Khan conquistan y asolan Bagdad, asaltan también Alemtut y pasan a cuchillo a cuantos seguidores del Viejo de la Montaña encuentran, sometiendo a los escasos supervivientes a la más dura esclavitud. Lo que no impide que, años más tarde, uno de esos ismaelitas esclavizados llamado Bihars el Ballesterero se subleve y llegue a dominar durante algún tiempo en las orillas y en el delta del Nilo.

Perseguidos a muerte y casi exterminados en Egipto y Palestina, los ismaelitas logran un número considerable de prosélitos en Persia y la India, donde actualmente suman varios millones. (Jefe espiritual de la secta, que hace siglos abandonó el terrorismo político implantado por Hassan-ben-Sobath, es un príncipe de origen indio conocido como el Aga Khan. Los últimos Aga Khanes, que figuran entre los hombres más ricos del mundo y al penúltimo de los cuales pesaron en oro y piedras preciosas sus seguidores con motivo de su jubileo en 1954, son figuras descolantes tanto por sus fabulosos recursos

como por sus amoríos entre la llamada "jet society" de Europa y América.)

El terror, arma de la derecha

A lo largo de toda la Edad Media y especialmente en el Renacimiento, son innumerables los gobernantes o aspirantes a serlo que ponen en práctica el terrorismo sistemático para hacerse con el poder o permanecer en él. A la mayoría no les repugna recurrir al cimen y lo utilizan con frecuencia contra rivales y competidores, muchas veces cercanos familiares suyos. "El Príncipe", de Maquiavelo, es un buen ejemplo de los métodos políticos imperantes en la sociedad de su tiempo, procedimientos que una mayoría condena en público sin perjuicio de practicarlos en privado, empezando por el monarca aragonés que sirve de modelo al embajador florentino.

Con posterioridad, y como ahora comprobamos día tras día, abundan los grupos y las organizaciones que recurren al terror sistemático como medio adecuado para conseguir sus objetivos. Pero el terrorismo es un arma de doble filo y que muchas veces causa mayores daños que beneficios a cuantos lo emplean, sin olvidar que en la vida actual los actos de violencia no pasan en ocasiones de simples provocaciones con finalidad diametralmente opuesta a la que en apariencia pretenden. Organizaciones policiales y reaccionarias, nacionales e internacionales, suelen servirse de la exaltación idealista de algunos jóvenes —a los que manejan desde las sombras— para justificar la implantación de toda clase de medidas represivas. Conviene meditar seriamente un hecho evidente e indiscutible: si en lo que va de siglo el terrorismo individual no ha hecho triunfar una sola revolución, ha servido de aparente y necesaria justificación para la muerte inútil de millares de revolucionarios y la implantación de multitud de regímenes de fuerza.

Todo el ímpetu y valor de las guerrillas urbanas en el Cono Sur de América y las acciones violentas de tupamaros, montoneros y grupos de parecida significación, han desembocado en las sangrientas dictaduras de Brasil, Argentina, Chile y Uruguay, mientras en Europa las supervivencias fascistas y los restos de la Policía paralela gracias al nazismo tratan de desestabilizar, a fuerza de bombas y atentados, las no consolidadas democracias de Alemania, Italia, Portugal y España. Prescindiendo de las consideraciones éticas de una moral superada, preciso es reconocer que en este momento concreto el terrorismo no puede favorecer más que a la reacción y proceder en consecuencia. ■

RAMON

NO HAY PACTOS. AHORA TENDREMOS QUE ACEPTAR LA OFERTA DEL GOBIERNO



¿Y QUÉ OFRECE EL GOBIERNO?



EL 13% EN ESTA VIDA Y A LOS PARADOS LA VIDA ETERNA.

